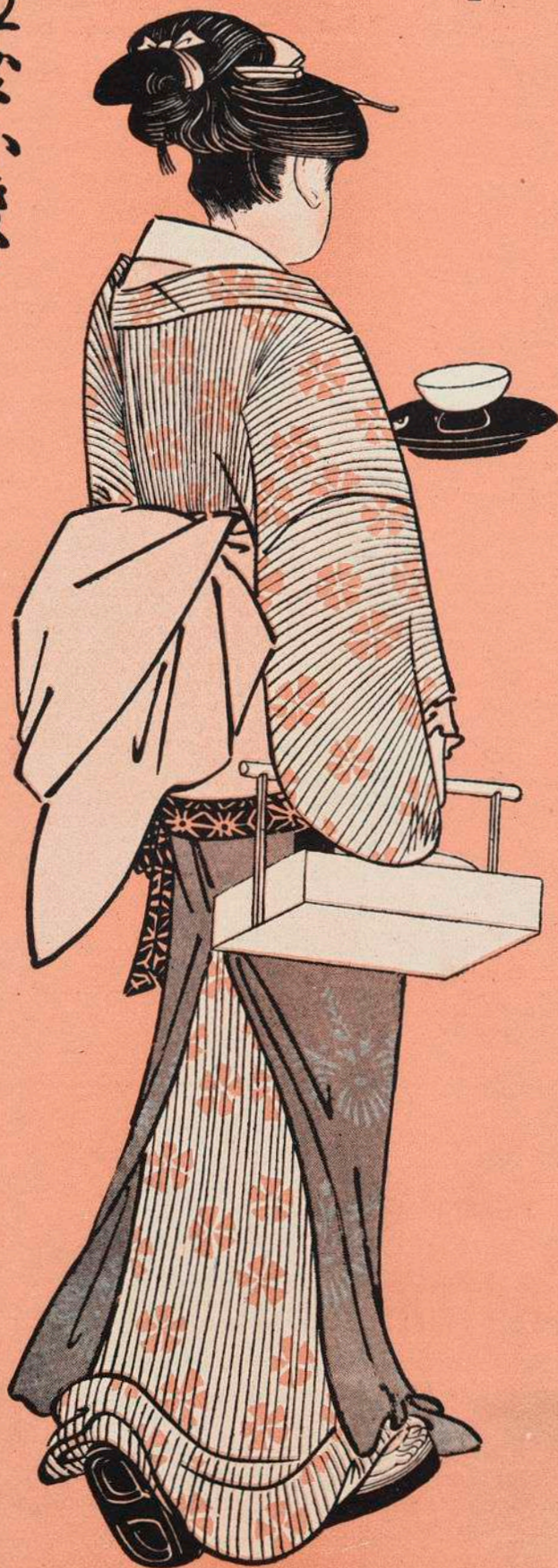


飛脚屋かまこ

# Los Contemporáneos



---

---

EL TEMPLO DE LOS  
DELEITES CLAN-  
DESTINOS \* \* \* \*

\* \* Novela de **LUIS  
VALERA** \* \* \* \*

Ilustraciones de  
**ROMERO-CALVET**

---

---



**30 cénts.**

Biblioteca Nacional de España



# Los Contemporáneos

Se publica los viernes

Oficinas: CAÑOS, 4  
Apartado 216

MADRID

Precios de suscripción

Madrid y provincias: Trimestre 3,50 pts.  
Semestre 6,50 pesetas. Año 12  
Extranjero: Semestre 10 ptas. Año 18  
Anuncios: pidase tarifa.

Número suelto: 30 céntimos

## Libros y revistas

ESPAÑA EN MARRUECOS, crónica de la guerra del Rif, por *Augusto Riera*, publicada por la *Casa Editorial Maucci*.—Un tomo de 416 páginas, 3,50 pesetas.

Es la obra *ESPAÑA EN MARRUECOS* una relación completa y detallada de las operaciones militares realizadas por el ejército español en las inhospitalarias playas y montañas del Rif desde primeros de Julio á últimos de Noviembre de 1909. Contiene datos exactos de las fuerzas que entraron en campaña; enumera y relata una por una las principales funciones de guerra, detallando todos los episodios notables de esos combates encarnizados; da las cifras de los combatientes muertos y heridos; explica con toda claridad los avances sucesivos de nuestras tropas, las posiciones ocupadas después de lucha más ó menos encarnizada; analiza la composición y fuerza de los contingentes rifeños que desde el principio de la campaña se opusieron á la marcha de nuestras tropas; describe la topografía de las comarcas donde operaron los soldados españoles, y evidencia la importancia que han tenido las operaciones realizadas.

La ilustración abundante, escogida y rigurosamente precisa, pues la mayoría de los grabados son directos de fotografías, tomadas en distintos puntos del Rif; el precioso mapa á cuatro tintas, mapa de gran tamaño y que marca con trazos encarnados las posiciones conquistadas por nuestras tropas y la zona de influencia de España, contribuyen en gran manera á dar á la obra importancia y amenidad y á recomendarla á cuantos la desconocen todavía.

EXCELSA.—Novela de Antonio G. de Linares.

El señor Linares ha tenido la bondad (que yo agradezco mucho), de enviarme *Excelsa* con una cariñosa dedicatoria.

He leído el libro y francamente, he quedado perplejo. El autor nos afirma en breve prólogo que es "sentimental y erótico": debió decirnos además que es sectario, con ese sectarismo de poeta, que lamenta los

males, sin indicar el modo de aplicarles oportuno remedio.

Porque eso sí; yo reconozco que el señor Linares es poeta, un poeta quizás—y aun sin quizás—algo extraviado, pero poeta siempre.

Es bonito el principio de su *Excelsa*: el autor se complace en describir á Julia (la Excelsa), y es su labor primoroso trabajo de miniaturista; pacientes pinceladas muy ricas en color, lindas frases sutiles, aguda observación, prosa limpia y sonora: sonreímos alegres contemplando á la Excelsa, adivinando en ella una hermosa heroína.

Después dibuja á Pedro, el bastardo retoño de la casa de Anglada, en párrafos brillantes (plagados á mi ver de injusticia poética), que traen á nuestra mente aquel Jaime Febrer pintado con fúlgida paleta por el maestro Blasco Ibáñez en "Los muertos mandan".

Continuamos risueños; el libro se desliza sobre senda de rosas.

Aquellas cacerías en la abrupta montaña son un trozo de realidad; son lo mejor de la obra.

Todos hemos supuesto que al dar vida el autor á Julia y Pedro, lo hizo no á humo de pajas, sino con refinada malicia de poeta: Julia y Pedro deben amarse, pero aun presintiéndolo, cuando el idilio llega, una dulce alegría nos invade, y leemos atentos la encantadora escena del manantial, que es la perla del libro, una brillante escena de pagana hermosura, muy digna de grabarse por un cincel heleno en un clásico friso.

Después..., después contagiado el señor Linares por la literatura ambiente, entra de hoz y de coz en terreno escabroso, y describe con pelos y señales el vitando amor sáfico de una ilustre matrona, escenas de sadismo, y escenas repugnantes de crueles amores.

¡Qué lástima...!: el estilo cae, la prosa antes correcta se toca de salvajes galicismos, y "Excelsa", la pobre "Excelsa", hace de su capa un sayo, y va mundo adelante poniéndose las leyes por montera.

Yo ignoro si ello debía suceder así, y tampoco sé lo que iríamos ganando dado que sucediera.

Pero es sensible que el señor Linares, que tiene condiciones de asombroso prosista, y que tiene talento, se complazca en servir los depravados gustos de una parte del público.

M. DE M.

20 DE MAYO DE 1910

NUM. 73

LUIS VALERA

## EL TEMPLO DE LOS DELEITES CLANDESTINOS

I

**S**ERIAN las diez de una noche del mes de Julio. Estábamos acabando de comer unos tres ó cuatro amigos en la terraza de cierta *Exposición* organizada el año último en el Retiro.

Nuestro anfitrión era Felipe Salas, joven diplomático español, con cargo en una de nuestras Embajadas, y que hallábase de paso en Madrid, en uso de licencia.

Los nombres, apellidos, y profesiones de los demás comensales, no hacen al caso de la presente historia. Baste decir que todos éramos gente joven y de buen humor, y que todos nos conocíamos de antiguo.

Los mozos del *restaurant* acababan de traer el café y los licores, y un chicuelo, vestido de librea, discurría alrededor de la mesa ofreciéndonos cigarrillos habanos y cigarrillos orientales.

Todos los presentes tomaron cigarrillos, salvo Felipe y yo, que nos proveímos de sendos cigarrillos egipcios de rubio tabaco y boquilla de oro.

—No sé cómo podéis fumar eso—dijo uno de los convidados, dirigiéndose á Salas y á mí—Sabe á paja y á perfumes. Eso no es tabaco.

—Yo he fumado algún tiempo esa hierba egipcia y turca,—interpuso otro de los comensales,—y tuve que renunciar á ella, porque aunque diga el amigo Ariño que no es tabaco y que sabe á paja y á perfume, es, en realidad, mucho más nociva que el veneno negro que fumamos en España. Me atacaba la cabeza y me producía palpitaciones del corazón. Como que todo tabaco oriental contiene mucho opio.

Felipe, echando una bocanada de humo y aspirando con fruición el aroma de su cigarrillo, repuso, pausadamente y dirigiéndose á la vez á sus dos interlocutores:

—Fume cada cual lo que más le plazca. Todo es tabaco. De mí sé decir que les saco mucho gusto á estos pitillos. En cuanto á que con-

tengan opio, me han asegurado en Constantinopla que ello es cierto, pero debe de ser en dosis muy pequeñas y atenuadas. El opio verdadero, que fuman en Oriente, es cosa muy distinta, y de efectos mucho más graves y enérgicos que los de estos cigarrillos.

—¿Cómo lo sabes tú?—pregunté yo,—¿Has fumado tú acaso el opio verdadero?

—Si—replicó Salas con cierto aire de misterio,—aunque no más que cuatro ó cinco pipas y en una sola ocasión. Fué, por cierto, en circunstancias tan singulares que no se me despintarán de la memoria mientras viva. El caso á que aludo tuvo mucho de lance amoroso, con sus puntas y ribetes de grotesco y hasta algunos asomos de tragedia.

—¡Cuenta, cuenta!—exclamamos á la vez casi todos los presentes.

Y yo añadí:

—Empieza en seguida. Somos todo oídos. Así como así, pasaremos mucho mejor rato escuchándote aquí al fresco, que no yendo á encerrarnos en cualquier teatrillo donde nos asfixiaríamos de calor.

Felipe Salas se sonrió, se acomodó en su asiento, encendió otro cigarrillo y dijo, después de echar una mirada circular á sus convidados, que parecían estar ansiosos de oírle.

—Bien está; y puesto que me lo pedís, va de cuento, ó, mejor dicho, de historia muy verídica.

—Hace ocho años—contaba yo entonces veintiseis y pico,—y en Julio como ahora, habiendo sido trasladado á Viena desde Tokio, donde estaba á la sazón de tercer Secretario, me embarqué en Nagasaki para volver á Europa á bordo del *Mayotte*, vapor de la Compañía francesa de las Mensajerías marítimas.

Una vez á bordo del *Mayotte*, tuve la sorpresa desagradable de que no éramos pocos los pasajeros, como yo me había figurado, contando con el calor y lo adelantado de la estación. Éramos ciento y la madre; apenas si había un camarote vacío. Tuve que compartir el mío, que era de dos camas, con un industrial belga que no intervie-

47/17/4761

Los números atrasados de

## Los Contemporáneos

están todos á la venta en esta Administración: Caños, 4, Madrid,

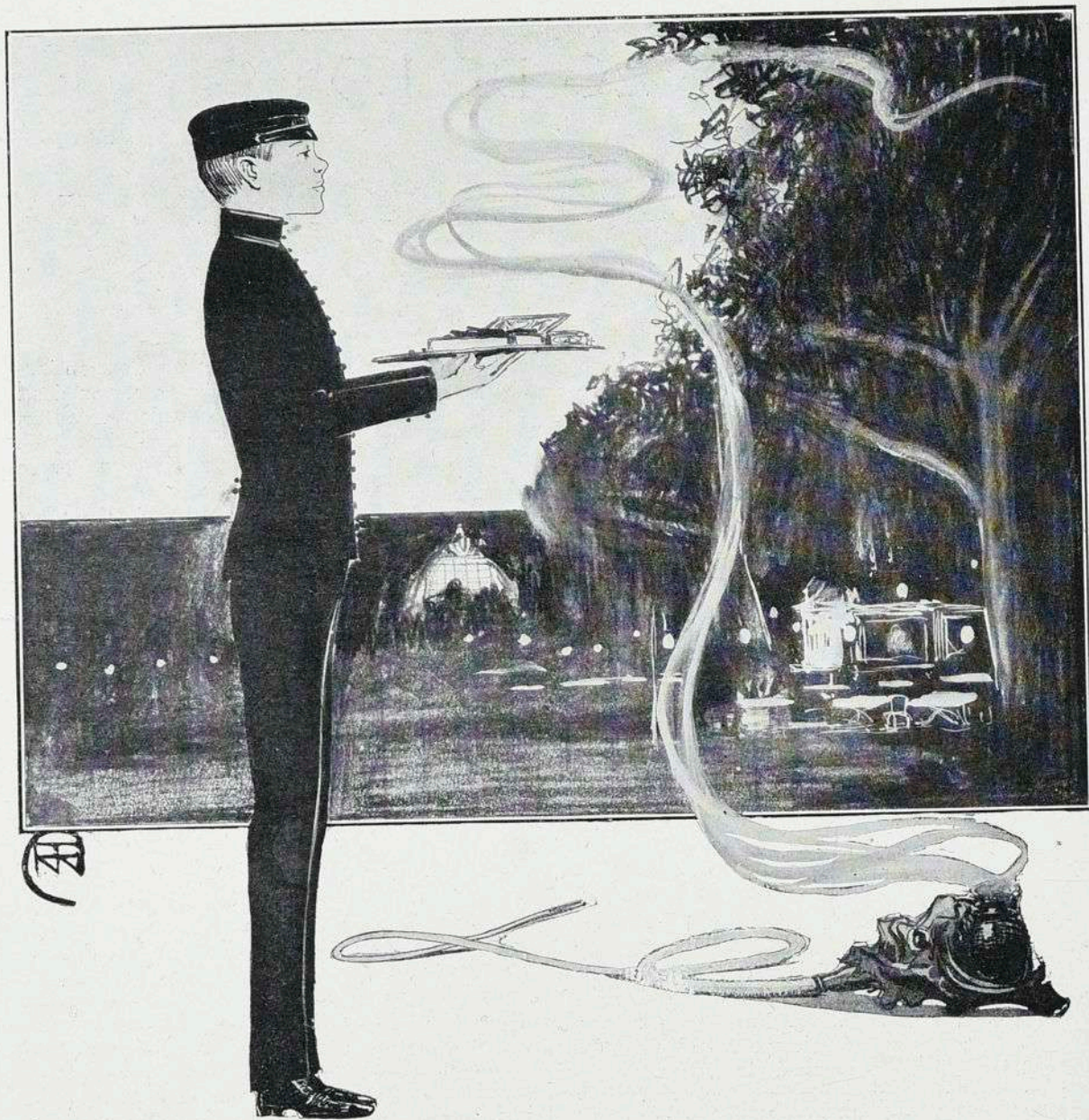
al precio de 30 céntimos.



ne para nada en mi relato. Ningún caso notable me sucedió durante los primeros días de navegación, ni tampoco en las cortas escalas que hizo el *Mayotte* en Shanghai, ó Xan hae, como debiéramos decir los españoles, y luego en Hong-Kong. Desde este último puerto hicimos rumbo á Saigón, donde recalamos una mañana de fines de Julio. En el puerto de Saigón, al día siguiente, co-

lanchas, canoas y piraguas que rodeaban nuestro buque.

En esto, ví cómo atracaba á la escala del *Mayotte* una pequeña embarcación, tripulada por casi desnudos remeros indígenas, y en la que venían de pasajeros una mujer europea, un par de oficiales franceses de infantería de Marina, con sus uniformes de algodón azul desvaído, y un



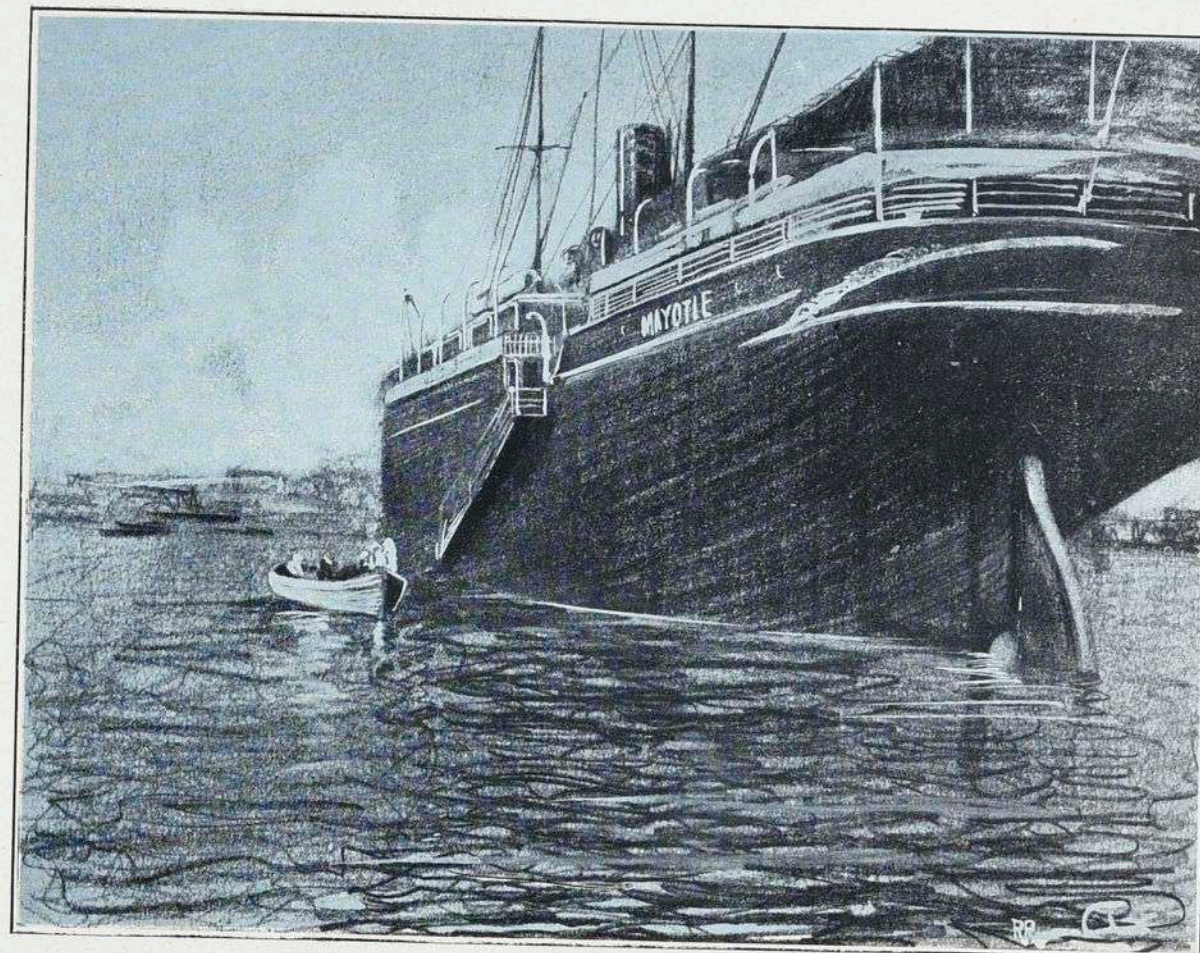
menzó el lance que me habéis pedido que os referiera, iniciándose algo así como media hora antes de que el buque levara ancla y principiara á navegar hacia Singapore.

## II

Serían entonces las ocho de la mañana, y hallábame yo sobre cubierta, en la popa del *Mayotte*, apoyado en la borda y contemplando el tráfico de la vecina costa y el movimiento de las

hombretón robusto, vestido de kakhi, ó sea de una especie de tela amarillenta, y á quien nada se divisaba del rostro, salvo las guías de unos enormes bigotes rubios, por debajo del salacot blanco con que defendía su cabeza de los rayos solares, ya temibles á esa temprana hora.

Tampoco se veía la cara de la dama que venía en la lancha, porque ella también traía puesto su correspondiente salacot, bajo de copa, y redondo y muy caído de falda. Pero, á juzgar por la garbosa esbeltez de su cuerpo y por la viveza como juvenil de sus ademanes, debía de ser mujer



de pocos años y además mujer bonita, ó por lo menos de agradables facciones, en virtud de esa correspondencia que hay casi siempre entre la cara de una hembra y las demás partes de su cuerpo. Esto y el hecho de que, detrás de aquella lancha, venía otra bastante mayor y cargada de cajas, baúles y sacos de viaje,—por donde resultaba fácil presumir que la señora iba á embarcarse en el *Mayotte*, en compañía de alguno ó algunos de aquellos señores,—me movió á llegarme despacio á la parte de la cubierta en que ya estaban pareciéndose las personas que yo tenía por nuevos pasajeros.

El individuo de los bigotazos rubios estaba presentando á la señora al capitán, al médico y á otros oficiales del *Mayotte*. Le oí decir: *ma femme*, señalando con mucha pompa francesa y ceremoniosos ademanes á la dama que había incitado mi curiosidad. No me llevé un desengaño. Eran fundadas mis presunciones. Si la mujer del salacot me había parecido bien cuando estaba ella en la lancha, mejor todavía me pareció en el puente del buque. Era alta, esbelta aunque no delgada, de muy airoso cuerpo y flexible talle, y había en todos sus movimientos y actitudes un no sé qué de lánguida al par que picaresca gallardía, en la cual estaba acaso el mayor de sus atractivos. Vamos, que era hembra de mucho garabato, de esas que tienen *chic* de cabo á rabo, desde la punta de los pelos hasta la punta de los pies. El *chic*, el garabato ese, no era quizás muy señoril ó de exquisita laya, sino antes

bien de los de más pimienta gruesa que sal fina. Pero esto es reparillo que no formulé entonces. Entonces la mujer me pareció de perlas, con elegancia de buena ley, aunque un tanto llamativa. Quizás naciese tal error mío de los elementos de comparación de que yo disponía á bordo del *Mayotte*, porque han de saber ustedes que las pocas señoras que venían conmigo en ese buque eran todas vulgarcitas é insignificantes. Quizás naciera ese mi referido error ó falta de buena apreciación, no sólo ya de circunstancias semejantes, sino también de que contaba entonces yo algunos años menos que ahora, y era menos crítico y reparón, ó si se quiere más fácil de entusiasmar.

Como quiera que sea, me petó sobremanera aquella dama, y entiéndase que físicamente, porque lo que es el corazón, no me hizo tilín, tilín de ningún modo. Sentado lo cual, para que no vayan ustedes á imaginarse que hubo algo así como flechazo, proseguiré diciendo que la señora aquella vestía con la sencillez propia de una viajera por regiones tropicales: blusilla de seda blanca, sin cuello y algo abierta por delante; falda de dril, blanco también, muy lisa, bastante ceñida y de esas que llaman *tobilleras*, dejando al descubierto el nacimiento de la pierna, y los pies largos, estrechos y calzados con blancas medias caladas y unos zapatos bajos y así mismo blancos. Por lo demás, no debía la señora de llevar mucha más ropa encima, como no fuese la camisa y alguna faja ó corsé ligero, ya que cernía y mimbrea su cuerpo con muy gentil desembarazo,